

LA FUERZA DEL HUMOR

REVISTAS **SATÍRICAS** DEL SIGLO XIX



CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN



La presente exposición está formada por una extraordinaria colección de ilustraciones que aparecieron en semanarios satíricos de diversas tendencias políticas en la segunda mitad del siglo XIX, concretamente en las décadas de los años 70 y 80, y que constituyen un excepcional testimonio gráfico, crítico y satírico de la historia de España.

Como se recordará se puede considerar el siglo XIX como uno de los más agitados de la historia de España. A ella pertenecen los últimos años del reinado de Carlos IV, la guerra de la Independencia (1808-1813), la labor de las Cortes de Cádiz y la proclamación de la Constitución en 1812, la vuelta del exilio del "Deseado" Fernando, su abolición de la Constitución y su persecución de los liberales (1814-1820), el "grito" de Riego y el restablecimiento de la Constitución durante el Trienio liberal (1820-1823). La intervención de los "Cien mil hijos de San Luis" repuso a Fernando VII en el trono como rey "absoluto" durante la "Década Ominosa" (1823-1833). A su muerte en 1833 quedó como Regente su viuda María Cristina, madre de la futura Isabel II pero alegando sus pretendidos derechos al trono, Don Carlos, el hermano del difunto rey, inició una sangrienta guerra civil (la primera guerra carlista, 1833-1840).

El desacuerdo entre María Cristina y los progresistas sobre la Ley de Ayuntamientos determinó la abdicación de ésta como Regente y su marcha al exilio en Francia. Le sucedió el general Espartero quien ocupó la Regencia hasta ser derrotado por una coalición de moderados y progresistas (1840-1843) y a su vez hubo de refugiarse en Inglaterra. La mayoría de edad de Isabel II a la temprana edad de 13 años (1843) y su matrimonio con su primo Francisco de Asís, (1843) inician un largo reinado (1843-1868) caracterizado por las intrigas de María Cristina, del rey consorte, y de sus respectivas



camarillas, los manejos de los representantes del Vaticano, de Inglaterra y de Francia, el influjo del clero y las dictaduras de los “espadones” de turno, que dieron carácter tragicómico al caótico reinado de Isabel II, con sus numerosos cambios de gobierno, la Revolución de 1854 y la “Gloriosa” de 1868 que acabó con el reinado de Doña Isabel. Entre los vencedores, tanto Prim como los unionistas eran partidarios de continuar el sistema monárquico con un rey de ideología liberal mientras que los republicanos estaban divididos entre los partidarios de una República unitaria y los de otra federal. Durante el Gobierno Provisional (1868-1871) presidido por el General Serrano, la búsqueda de un rey constitucional tanto por Prim como por los demás políticos dio lugar a tensiones principalmente entre Inglaterra, Francia y Prusia, opuestas a la elección de un rey ajeno a sus intereses, y que ocasionó la guerra franco-prusiana y la caída de Napoleón III. A instancias de Prim fue elegido don Amadeo de Saboya, pero poco antes de su llegada a Madrid, aquél fue asesinado. El “hijo del carcelero del Papa” fue mal recibido tanto por los carlistas, los moderados y el clero como por los republicanos, y abdicó al cabo de poco tiempo (Diciembre 1870-Enero 1874). Más efímera aún fue la Primera República (Febrero-Diciembre 1873), que en tan corto espacio de tiempo tuvo cuatro presidentes. Con ella dieron fin el pronunciamiento del general Pavía en enero de 1874 y la proclamación de Alfonso XII como rey de España por el general Martínez Campos en diciembre del mismo año. Comenzó así el largo período de la Restauración borbónica que duraría hasta abril de 1931.

Durante el reinado de Isabel II y hasta finalizar el siglo XIX tuvieron lugar la Guerra de Marruecos (1859), el recrudecimiento del carlismo con la intentona del general Ortega en San Carlos de la Rápita (1860) y la última guerra carlista (1872-1876), la rebelión cantonal (1873), la primera Guerra de Cuba (1868-1878) y la segunda, que acabó con la independencia de aquella colonia en 1898. No extrañará que aquel reinado fuera blanco de sátiras como la desvergonzada *Los Borbones en pelota*, atribuida mucho tiempo a los hermanos Bécquer, o *El ruedo ibérico* de Valle Inclán en el siguiente siglo.

La revolución del 68 trajo la ansiada ley de Libertad de imprenta, por decreto del 26 de octubre de 1868, confirmado por la Constitución de 1869; y tanto esta ley como las mejoras técnicas de la imprenta desarrollaron hasta tal punto la prensa periódica, que llegó a contar con unas seiscientas publicaciones durante el Sexenio Democrático. La crónica de la agitada historia de España en el siglo XIX, recogida después por los historiadores, fue apareciendo día a día en los periódicos y en obras de carácter popular como las aleluyas, relaciones, cantares y romances de ciego, muchas de ellas de carácter crítico y satírico.

Debido a esta difusión de la prensa y a la publicidad dada a los debates en el Congreso de Diputados, las representaciones de hombres políticos se difundieron mucho en fotos, en grabados y en caricaturas. Convertidos en personajes del gran espectáculo político están representados como tipos, en retratos individualizados o formando parte de grupos de carácter escenográfico. Y en ilustraciones publicadas en la prensa o recogidas en libros aparecieron series de retratos satíricos como *Caricaturas políticas* de Francisco Ortego y Vereda o las *Caricaturas revolucionarias* de Daniel Perea, y de Francisco Ortego, que fue publicando la revista *Gil Blas*, entre el 10 de febrero y el 17 de abril de 1870.



Poco después del triunfo de la Revolución de Septiembre de 1868 quienes formaban el nuevo gobierno provisional se fotografiaron en un grupo en el que los militares no van de uniforme, quizás para destacar el carácter "civil" (que no lo fue) y democrático del nuevo régimen. Pero aquellos hombres de la "España con honra", que eran casi los mismos que los de la difunta monarquía, y que algunos de ellos formarían parte del efímero reinado de Don Amadeo, de la aún más efímera República, e incluso después, de la Restauración, mostraron a poco de llegar al poder que seguían anteponiendo sus propios intereses y ambiciones a los del país.

Así, no es de extrañar que fueran objeto de críticas, caricaturas y sátiras de la prensa del tiempo, en especial de las que eran órganos del carlismo, de un moderantismo predecesor ya del alfonsismo y de unos republicanos frustrados por el propósito de los prohombres de la Septembrina de continuar el sistema monárquico en España. Los ilustradores aprovecharon sus defectos morales y sus rasgos físicos más característicos e insistieron en ellos para trazar imágenes tan fáciles de reconocer por los lectores como lo habían sido, pongo por caso, las de los ficticios Fray Gerundio y Tirabeque de Modesto Lafuente en su periódico político y de costumbres *Fray Gerundio* (1837-1842).

El paso del tiempo, la crítica detallada, el día a día de la complicada política del tiempo y la gran cantidad de hombres públicos, famosos unos y desconocidos muchos más, que protagonizaron la efímera actualidad de casi medio siglo, no facilitan su identificación en el presente. Estas viñetas muestran algunas de las caricaturas de los artífices más destacados de "la Gloriosa" que aparecieron en la prensa satírica del día.

Salvador García Castañeda, Coord.
The Ohio State University



Cuaresma de 1871. En 1871, tras el triunfo de la revolución de 1868, el problema dinástico continuaba sin resolver; España dentro de un confesonario decorado con las armas reales, escucha las pretendidas confesiones cuaresmales de los atribulados revolucionarios: Topete está de espaldas, Nicolás María Rivero se está confesando, y esperan Olózaga con el Toisón de Oro al cuello y la mochila de sus embajadas, Sagasta con un tupé que no tenía pero que le inventaron los caricaturistas, Figuerola siempre con la cartera de Hacienda bajo el brazo, y Serrano de uniforme. A la derecha, un al parecer arrepentido Suñer y Capdevila, con su folleto *Dios* bajo el brazo, el rosario en la mano y a su lado la vara de alcalde de Barcelona y, en el suelo, el gorro frigio. A su lado, de rodillas pero con expresión de soberbia está la voluminosa doña Isabel II acompañada del niño Alfonso, vestido siempre con uniforme de sargento de infantería. Al lado opuesto, y entre los septembrinos, está inconsolable el duque de Montpensier, secándose las lágrimas con un gran pañuelo por no haber conseguido el trono de España. Con excepción de aquellos miembros de la Unión Liberal que defendían su candidatura, Montpensier "el naranjero" era malquisto en España y se le pintaba como un burgués mofletudo con paraguas. En la pared hay un cepillo de limosnas que dice "Limosna para los pobres españoles". (*La Flaca*, 5 Marzo 1871).

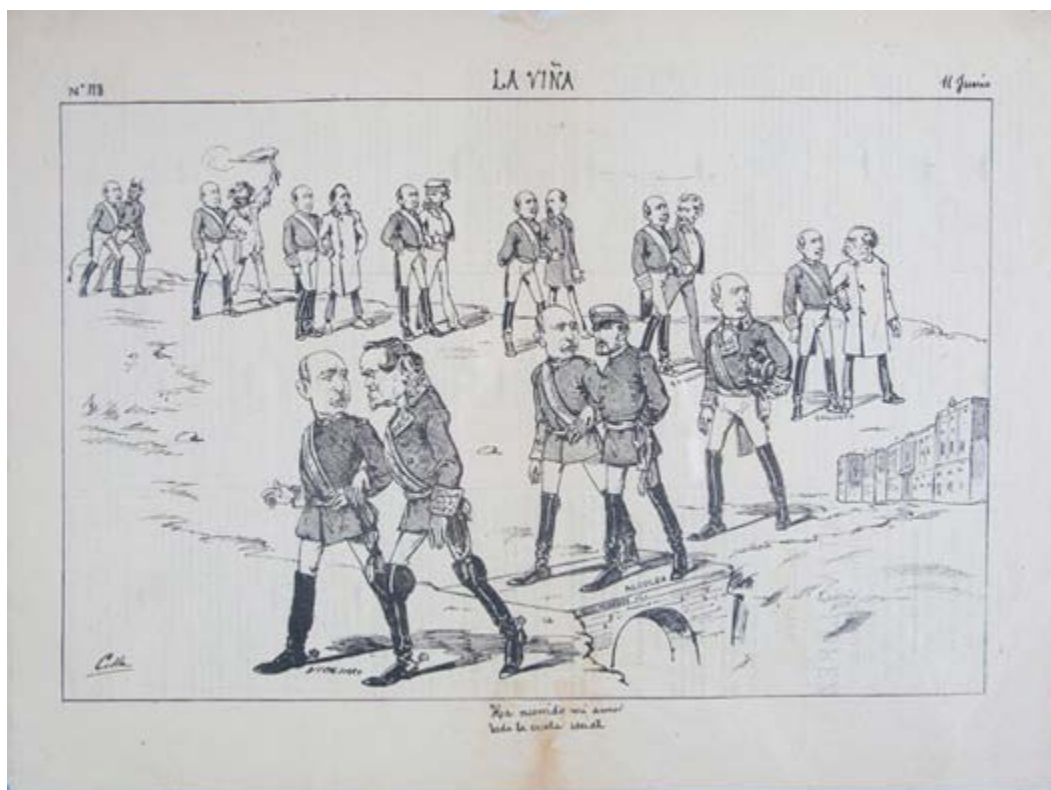


En la ilustración *Moneda que corre*, Serrano, elevado a Regente tras el triunfo de la Septembrina en 1868 viste su uniforme de general y sobre éste, medio manto y media corona de medio-rey, y está encima de un efímero pedestal sostenido por sus correligionarios. Francisco Serrano (1810-1885). Duque de la Torre, Mariscal de Campo, Regente y Primer Ministro en el Gobierno Provisional de la Gloriosa (1868-1869), durante su dilatada y variopinta carrera política estuvo con O'Donnell en los sucesos de 1854, de 1856 y de 1866 y tras la muerte de O'Donnell asumió la jefatura de la Union Liberal, conspiró junto a Prim, Sagasta y Montpensier, y perteneció a partidos políticos de tendencias diversas.

Juan Prim y Prats (Reus, 1814-Madrid, 1870) fue el caudillo militar más popular y el político más influyente de su tiempo. Su valor y sus dotes de mando manifiestos en la guerra carlista, en la de Marruecos y en otras ocasiones le llevaron a una brillante carrera militar. Comprometido y encabezando



conspiraciones, Prim fue un político liberal que sucedió al general Espartero como cabeza del progresismo. Aliado con los generales de la Unión Liberal, proclamó en Cádiz la Revolución de 1868 que acabó con el reinado de Isabel II al exilio. Aunque el general Serrano fue la cabeza visible, Prim fue el hombre fuerte del nuevo régimen, y contra los deseos de los moderados, de los carlistas y de los republicanos trajo a España a don Amadeo de Saboya, un nuevo rey liberal, tras una búsqueda complicada por los opuestos intereses de Alemania y Francia y de los diferentes partidos. Pero el marqués de los Castillejos fue asesinado pocos días antes de verle en el trono. No extrañará que un personaje tan carismático como Prim gozara de popularidad extraordinaria manifiesta en romances, aleluyas, caricaturas y retratos, y que tuviera tan entusiastas partidarios como tan enconados enemigos. De hecho, entre los causantes de su muerte, todavía hoy dudosos, se cuentan el duque de Montpensier, a cuya candidatura al trono se oponía Prim terminantemente, el general Serrano, un hombre apegado al poder y de escasas lealtades, y el republicano Paul y Angulo, íntimo de Prim en los primeros tiempos de la Revolución y después su enconado adversario. Prim aparece siempre de uniforme, a veces con atributos de sus puestos como Ministro de la Guerra y de Presidente del Gobierno de la Gloriosa; y frecuentemente, como en *Moneda que corre*, está junto a cajas de "turrón", el nombre dado a los favores políticos, que don Juan distribuía en abundancia para conseguir sus fines. Laureano Figuerola (1816-1903) era catedrático de Derecho Político, Economía Política y Derecho Mercantil en las universidades de Barcelona y Madrid. Con la revolución del 68 Serrano le dio la cartera de Hacienda, un ministerio que desempeñó repetidas veces durante el sexenio; sus renovadores planes económicos le enfrentaron con los industriales catalanes, que le odiaban por considerar que su política les perjudicaba. En la ilustración *Moneda que corre* Figuerola, denostado por la opinión pública, defiende sus planes económicos -"Capitación"- y se abraza a la cartera de su Ministerio.





Otra litografía de *La Viña*, subtitulada *"Ha recorrido mi amor / toda la escala social"*, marca la oportunista trayectoria política de Serrano quien va del brazo de O'Donnell cuando la alianza de moderados y de progresistas desafectos acabó con la Regencia de Espartero en Vicálvaro; está junto a Prim en la Revolución del 68 y al frente de las tropas que derrotaron a las de Isabel II en el puente de Alcolea; solo y con la corona de la Regencia bajo el brazo; y tras la proclamación de Sagunto, de acuerdo con Cánovas a favor de la Restauración borbónica; es aliado después de Sagasta, de Ruiz Zorrilla; y de varios otros grupos hasta acabar del brazo del Demonio. El dibujo de Cilla lleva la expresiva cita del Tenorio, *"Ha recorrido mi amor / toda la escala social"*.



La ilustración titulada *"Luces y sombras"* representa a varios políticos, cuyos nombres aparecen al pie, con velas y con lámparas que indican sus diversos grados de aperturismo político y, entre ellos, sentado a la izquierda está Sagasta, con su prominente labio inferior y el anticuado uniforme y el morrión de Miliciano Nacional propios de un acendrado progresista. En la mano lleva una porra pues Sagasta y su amigo Prim crearon la temible *"Partida de la porra"* que asaltaba la redacción de los periódicos de la oposición al gobierno. Práxedes Mateo Sagasta (1825-1903) era ingeniero de Caminos y político progresista, cuyas actividades revolucionarias le llevaron a ser perseguido y a la emigración. Durante su larguísima carrera política fue, entre muchos otros cargos, ministro de Gobernación en el Gobierno Provisional, presidente del Consejo de Ministros con Amadeo de Saboya, jefe del partido Constitucional y tras la Restauración borbónica fundó el partido Liberal que alternaría en el poder con el partido Conservador de Cánovas del Castillo en el *"turno pacífico de partidos"*, y por el pacto del Pardo apoyó la regencia de María Cristina, la madre del futuro Alfonso XIII, y la continuidad de la monarquía. Fue un gran orador, un habilísimo manipulador político, y uno de los personajes favoritos de los caricaturistas tanto por sus manejos como por sus identificables características físicas.



Es una simple cuestión de puños... El mas fuerte se quedará con ella... Y aquí tienen Vds. á cuatro liberales probados, esponiendo una vez mas su vida para... salvar al país.

En la ilustración *Es una simple cuestión de puños...* cuatro políticos liberales se disputan la presidencia del gobierno: Ruiz Zorrilla, Nicolás María Rivero, Romero Robledo y Olózaga. Este último, que era de poderosa figura, tenía una abundante y rizada cabellera y patillas, que los caricaturistas exageraban, y añadían siempre la condecoración del Toisón de Oro que le había concedido la Reina en otros tiempos, y el maletín de sus viajes a París. Salustiano Olózaga (1805-1873) fue un joven abogado liberal que conspiraba activamente ya en tiempos de Fernando VII, que arriesgó su vida y estuvo en el exilio y encarcelado varias veces. Fue destacada figura del partido progresista, ocupó altos cargos tras la Revolución de Septiembre y redactó la Constitución de 1869. Fue embajador en París repetidamente y tuvo un destacado papel en la búsqueda de un nuevo rey para España después de la marcha al exilio de Isabel II.





En la ilustración subtitulada *Decididamente no queda otro recurso...* el almirante Topete, monárquico y partidario de la candidatura del duque de Montpensier al trono, está de uniforme, con sus características patillas corridas, ante un amplio caldero lleno de agua en el que flotan unos barquitos de papel, entre los que destaca la fragata Zaragoza, en la que se dio "el grito" de la Gloriosa. Por la ventana abierta se ve la cabeza de Montpensier dentro de la fortaleza en la que estuvo brevemente preso, y las palabras "Decididamente, no queda otro recurso que ir preparando otra escuadra..." se atribuirían al deseo de Topete de libertar al Duque. Por un puerta entreabierta Sagasta y otros correccionistas le observan con desconfianza. **Juan Bautista Topete** (1821-1885). Unionista con O'Donnell y con Serrano, mandaba la escuadra en Cádiz cuando llegaron Prim y los generales de la Unión Liberal desterrados en Canarias y con ellos firmó el manifiesto revolucionario. Ocupó numerosos puestos políticos, entre ellos el de ministro de marina, pero fue uno de los prohombres de menos empuje del nuevo régimen.



Francisco Suñer y Capdevila (1828-1898), uno de los personajes más pintorescos de la Gloriosa, era médico y alcalde de Barcelona, participó en la revolución del 68 y fue elegido diputado a Cortes. Como ferviente republicano federal, fue ministro de Ultramar con la República. En las Cortes de 1869 escandalizó incluso a sus correligionarios con su discurso "Guerra a Dios" y con su folleto *Dios* del mismo año. El grabado **¿Per ché tal sorpresa?** le representa como Mefistófeles, un diablo vestido de rojo que lleva en el pecho el distintivo de la profesión médica y en la mano una antorcha en la que se leen las palabras "Guerra a Dios, a la tisis y a los Reyes", las mismas que pronunció en su discurso de las Cortes. En el grabado es un gigante a cuyos pies corren despavoridos el clero, los conservadores y las beatas.

Mónica Fuertes-Arboix
Coe College



Napoleón III y España

Tras la revolución de febrero de 1848 que destronó a Luis Felipe de Orleans, en diciembre es elegido presidente de la II República francesa el príncipe Luis Napoleón (1808-1873), sobrino de Napoleón Bonaparte. La paradoja de que en unos meses una República revolucionaria sitúe como primer presidente a un príncipe imperial se explica por la excelente campaña basada en el apellido del candidato (campaña en parte sufragada por el general Narváez), por el nombre del improvisado partido que lo presentó –Gran Partido del Orden– en un país cansado de excesos utópicos bajo el Gobierno Provisional, y sobre todo, porque la nueva Constitución republicana concedía el sufragio universal a un pueblo que no había realizado aún su revolución industrial por lo que era mayoritariamente agrícola, conservador, nacionalista y católico.

Todo ello lo vio con claridad Luis Napoleón que siguiendo al primer Bonaparte aparentó encarnar los principios revolucionarios en un poder cada vez más personal, autoritario y conservador. Combinando la fuerza policial y militar con el teóricamente democrático sufragio universal logra mediante un golpe de estado la noche del 1 al 2 de diciembre de 1851 seguido de un plebiscito, convertirse en Cónsul de la República. Al año siguiente por el mismo procedimiento plebiscitario transforma la República en Imperio, reduciendo a mínimos el poder de la Asamblea parlamentaria y empezando a cumplir la proclama del golpe “tranquilidad y prosperidad”.

Durante los diez primeros años del II Imperio, Francia alcanza un fuerte desarrollo económico que se convierte en ideología dominante. El empuje a las inversiones y créditos, la creación de bancos, la construcción de vías férreas, la modernización y embellecimiento de París, la dirección de grandes obras en el extranjero como el Canal de Suez (una empresa francesa implantó el ferrocarril en España), sumado a una política social paternalista (creación de asilos infantiles, sociedades de socorro...) logran que la opinión pública se identifique con el Imperio. En 1855, la Exposición Universal y el Congreso de París convierten a Francia en centro de atracción de Europa. En política exterior, el protagonismo intervencionista en todos los conflictos internacionales persigue recuperar la *grandeur* de la época del primer Napoleón, y convertir a Napoleón III en árbitro europeo, con fluctuantes y contradictorias alianzas con otras naciones. Como consecuencia, en la década de 1860, un alto índice de corrupción y una continua sangría humana debida a campañas militares no siempre triunfantes, provocan el descontento social y el crecimiento de la oposición, tanto monárquica orleanista y legitimista como republicana. Con su característico pragmatismo, Napoleón III intenta calmar a la opinión pública con cesiones al poder legislativo y leyes liberales como la de asociación o la de prensa.

Con respecto a España, el emperador siguió muy de cerca las vicisitudes del reinado de Isabel II, y con una actitud de aparente amistad y protección a la reina, intentó siempre que la política de Madrid coincidiese con los intereses del II Imperio. Así, tras la revolución del 54, ensayo fallido de la del 68, el “deseo del Emperador” de que Isabel se mantenga en el trono obedece a evitar las tres opciones, inconvenientes para él, barajadas por los progresistas españoles: que la península se una bajo Fernando de Coburgo, rey consorte de Portugal, “crearía a las puertas de Francia un estado demasiado poderoso”; que se establezca una república sería “funesto para los dos lados de los Pirineos”; y que se sustituya a Isabel por la duquesa de Montpensier “reanimaría las esperanzas de los orleanistas”, ya que Luisa Fernanda, hermana de la reina, estaba casada con un hijo del depuesto rey de Francia, Luis Felipe de Orleans.

A principios de 1868, las tres exclusiones siguen vigentes, pero París prevé como ya imposible el mantenimiento de Isabel. En julio, Napoleón es informado del proyecto unionista de “deponer a la reina y llevar al trono al duque de Montpensier”, y se apresura a transmitir a Prim que “permanecerá



neutral” ante la revolución si se descarta al duque como rey. Tal “neutralidad” venía practicándola ya desde que comenzara la conspiración: de un lado permite que Prim, proscrito en España y residente en Londres, visite el balneario de Vichy con pretexto de su dolencia de hígado, lo que el general aprovecha para contactar con progresistas residentes en París como Sagasta o Ruiz Zorrilla y unionistas que viajan hasta allí como Serrano y Dulce. De otro, sigue escribiendo amistosamente a Isabel II, quien todavía el 21 de septiembre del 68 espera que los emperadores la visiten, como otros años, en San Sebastián.

Persiste en esa ambigua “neutralidad”, después del triunfo de La Gloriosa. El 2 de octubre los emperadores reciben con honores de reina a Isabel y su séquito en la estación de Biarritz y Napoleón dispone que se instalen en el castillo de Henry IV en Pau, una de sus propias residencias estivales. Pero desde allí, el Manifiesto que Isabel dirige a los españoles, y sus instrucciones al conde de Cheste sobre cómo recuperar el trono, indican al emperador la urgencia de alejar a la reina de la frontera para preservar sus buenas relaciones con las nuevas autoridades españolas. De ahí su consejo –más bien coercitivo- a Isabel para que se traslade a París al mes de establecerse en Pau.

Los grabados comentados a continuación se refieren a los años 1869-71, los últimos del II Imperio que desaparece con la guerra franco-prusiana y el exilio en Inglaterra de Napoleón; estos años coinciden con los primeros del exilio de Isabel II, mientras España debate y aprueba la Constitución del 69, busca un rey no Borbón, y Amadeo I inicia su reinado. Todos reflejan la tendencia republicano-federalista de *La Flaca* (Barcelona, 27 de marzo de 1869 a 3 de abril de 1876) en su animadversión al emperador por su antirrepublicanismo y por la incoherencia que suponía un Bonaparte apoyando a los Borbones; en su desprecio a las pretensiones carlistas y en su burla de Isabel II y su círculo más familiar. Pero la visión de la revista, dentro de su carácter satírico, coincide, en líneas generales, con lo señalado por la moderna interpretación histórica.





“Yo respondo del orden” (*La Flaca*, 14 de marzo de 1869) ilustra la trayectoria acomodaticia del emperador para mantenerse en el poder. Napoleón señala el armamento militar en cuyo cañón se lee la palabra ORDEN –el nombre del partido que lo llevó a presidente constitucional– cuyas dos primeras balas están marcadas por las fechas del golpe de estado que le permitió dejar de serlo. En la mano derecha sostiene su *DISCOURS* tras las elecciones legislativas del 69 que, según la ilustración, ha podido afrontar gracias a la máscara de *LIBERTÉ* sujeta bajo los folios que ostentó con sus decretos liberalizadores. A sus pies, el pato que grita *LIBERTÉ* representa al más célebre de los periódicos republicanos surgidos tras la revolución del 48, *Le Canard*, periódico que Napoleón se apresuró a cerrar a su llegada al poder y que, con ciertas restricciones, volvió a permitir en 1869. La desproporción entre la fuerza que ampara al emperador para ocuparse del orden, como reza la leyenda, y la del pequeño animal doméstico, al que se deja a cargo de la libertad, satiriza esa pretendida liberalización del Imperio.



Los dibujantes españoles subrayaron varias veces la postura ambivalente de interés disfrazado de amistad del emperador con la reina. En “*El amigo de los niños*”, los emperadores pasean con la exiliada Isabel. Una solícita y aburrida emperatriz Eugenia de Montijo, ataviada de nodriza con los colores de la bandera francesa y su propia inicial en la falda, trata de consolar con el sonajero “España”, al lloroso príncipe de Asturias, tocado con el quepis del ejército español con que asistía en Madrid, desde muy pequeño, a las ceremonias de la corte. Mientras, Napoleón da el brazo a Isabel –así lo hizo públicamente al recibirla en la estación de Biarritz– y lleva en la otra mano al pretendiente Carlos María de Borbón Austria, con la clásica boina de su partido, montando un caballo de madera para aludir a su belicosidad. Aunque Alfonso tenía en esas fechas once años y Carlos veintiuno, el grabado parece sugerir que Napoleón cree poder manejarlos como a niños, por lo que son sus candidatos alternativos al trono español en función de cómo evolucione el proceso revolucionario. La presencia de las dos ramas dinásticas de la familia sin desagrado de la reina, recuerda que tampoco Isabel II rechazaba entonces totalmente la solución carlista: recién instalada en París, mantuvo contactos públicos con don Carlos y doña Margarita (primavera de 1869). Desde una prudente distancia vigilan la escena,



dando a entender su permanente deseo de controlar a la reina, tres importantes personajes de la corte isabelina: González Bravo, su último primer ministro, don Francisco de Asís, el rey consorte, y el padre Claret, su confesor. Los dos últimos fueron desde siempre partidarios de la solución carlista y el primero se adhirió a la causa tras la abdicación de Isabel (1870). Napoleón guiña el ojo al lector y le señala la frontera de los Pirineos, dando a entender que mientras fuerzas carlistas y gubernamentales en España se matan entre sí, él se ocupa, con gesto de astuta frivolidad, de resolver el problema español a su conveniencia.



Idéntica intención tiene la viñeta 5 del siguiente grabado (*La Flaca*, 21 de agosto del 69), cuyo conjunto satiriza lo iluso de la primera tentativa histórica armada del carlismo desde La Gloriosa. En julio del 69, tras penetrar por la frontera catalana, son descubiertos en Figueras y don Carlos tiene que volver rápidamente a Francia. Puede observarse el miedo de los gubernamentales en la viñeta 1, el del propio pretendiente en la 3, y el entusiasmo aventurero de buena parte del clero en la 2 y la 4. En la 5, el Niño Terco –don Carlos, así apodado burlescamente por sus detractores desde años atrás–, equipado con un escapulario al cuello, rosario colgado del sable y una etiqueta identificadora con la I del *Imperator*, marcha tras su partida acompañada de música y de cura con trabuco, el único que va a caballo. Napoleón, con Alfonso y su quepis, la inicial bordada en el faldón y el brazalete con bandera en la manga, explicita su apoyo alternativo a las dos ramas dinásticas españolas: bien por la fuerza de las armas –“¡Duro, duro!”–, bien por la intriga legalista –“si Vd. no cuaja mandaré por allá a este otro niño” –. Detrás, Isabel con gesto dudoso entre la sorpresa y el interés, parece iniciar un gesto de ánimo a los que se van.



Para subrayar la captación de la voluntad de la reina por parte de Napoleón el grabado “*Llorad vuestros excesos...*” (*La Flaca*, 10 de julio de 1870) lo presenta con disfraz de diabólico Mefistófeles en la ceremonia de abdicación de Isabel II. Desde los primeros días de exilio la reina había recabado contradictorias opiniones sobre qué postura tomar: no abdicar en su círculo íntimo, retrasar la abdicación en carlistas y en el moderantismo retrógrado, y dudas sobre en quién debería recaer la regencia durante la minoría de Alfonso en el moderantismo más abierto. Ante tal diversidad, durante año y medio la reina se negó a abdicar. Por fin, decide hacerlo de forma improvisada, el 25 de junio de 1870. Parece que obedeció, mezclando lo público con lo privado según su costumbre, al emperador, quien el año anterior condicionó ayudarla frente a los chantajes económico y dinástico de Francisco de Asís, si abdicaba en el momento que él considerase oportuno. Y ese momento se produjo al filtrarse a Napoleón que Leopoldo de Hohenzollern aceptaba ser candidato al trono español. El emperador no presenció el acto de abdicación por lo que el mefistofélico Napoleón, único personaje satisfecho del dibujo, es elemento figurativo en su papel de inductor. Aunque consta que la reina vestía de rosa, aquí el estampado con torres y leones puede representar su concepción puramente patrimonial de la monarquía, como el hecho histórico de rebautizar *Palacio de Castilla*, lugar del evento, al Palacio Basilevski. Tampoco Alfonso tenía edad de silla infantil, pero así se indica su minoría que exigía una problemática regencia. En cambio el grabado es realista en cuanto a que “todo el mundo estaba de gala” y que la escena fue tormentosa y patética. El duque de Ríansares, el infante Sebastián Gabriel de Borbón, primo de la reina, el general Francisco Lersundi, sustituto de Cheste y de Calonge en la dirección del moderantismo, fueron algunos de los apabullados “cortesanos” presentes a los que la reina se dirige. La leyenda alude a la actitud de Isabel que trató de implicar en su abdicación a quienes la rodeaban en un discurso no consultado con nadie. Todos enjugan con grandes pañuelos sus lágrimas que se recogen en una jofaina, lo que, sumado a su gesto de desagrado, sugiere en ella tanto enfado como tristeza. Por último, la rabieta de don Alfonso, a pesar de la colección de soldaditos de plomo (es histórico que la poseía) y de la entusiasta inscripción de su silla, contrasta con el tamaño de corona y cetro insinuando la inconsistencia de un niño caprichoso ante la responsabilidad que se le otorga.



El 17 de agosto de 1870 *La Flaca* publica su visión del inicio de la guerra franco prusiana ("*Fiate de la virgen... y no corras*"). Solo una semana después de la abdicación de Isabel II, las circunstancias políticas del II Imperio se precipitan. El 2 de julio España hace pública la candidatura de Hohenzollern, y la renuncia de los demás; ante la clara posibilidad de un rey prusiano, el II Imperio rezuma exaltación nacionalista: "Quieren instalarnos un procónsul en la frontera sur [...] seremos los franceses treinta y ocho millones de prisioneros de los alemanes". (*Le Soir*, 7/7/70). Todo ello favorece las intenciones del canciller Bismarck convencido de que para unir a las Confederaciones Norte y Sur de Alemania se necesitaba "una guerra contra el pueblo vecino". Aunque el príncipe alemán retira su candidatura ante la contrariada reacción internacional, el embajador francés exige en Ems al rey Guillermo I la promesa escrita de que su sobrino no volverá a aceptarla. Bismarck da a conocer la impertinencia diplomática francesa publicando un resumen de esa entrevista conocido como "el telegrama de Ems" que provoca la guerra franco-prusiana. En el grabado, una mujer ataviada con túnica republicana y manto real con leones y castillos –España y sus tendencias políticas durante el gobierno provisional– trata de no ser atropellada por dos trenes –Francia y Prusia– a punto de chocar, aludiendo al pretexto buscado para la guerra. Es la primera vez que el ferrocarril, extendido por Europa a lo largo del XIX, adquiere una importancia bélica crucial. A caballo de la locomotora francesa, un bravucón Napoleón III, transporta a dos grupos de combatientes, los carlistas con cura incorporado y los alfonsinos, como signo del apoyo de Napoleón III a los Borbón en España frente a posibles reyes extranjeros. La locomotora alemana, cabalgada por Bismarck, transporta un ejército más numeroso, con los uniformes de las Confederaciones Norte y Sur, y más profesional, según se desprende de su severo escudo frente a las pancartas políticas y la bandera del tren francés. En el hilo inferior del telégrafo –aludiendo al célebre telegrama–, arrastrados por el vendaval de la guerra, puede reconocerse a Leopoldo de Hohenzollern que corre a devolver una pequeña corona, la de España, además de blandir una calabaza significativa de su renuncia; tras él, su tío Guillermo I de Prusia pierde el equilibrio e intenta atrapar una corona, mucho mayor porque, si vence, se convertirá en Kaiser de toda Alemania. Sujeta al rey por la levita probablemente su hijo y heredero Federico que dirigió uno de los tres ejércitos dispuestos por la es-



trategia de Moltke, tal vez el último por la izquierda. Por la derecha el primero pudiera ser Prim que viene a recoger la corona española y delante Thiers, miembro de la Asamblea francesa que se opuso a la guerra, parece querer aplacar a Leopoldo. En los hilos superiores se enfrentan esquemáticos ejércitos franceses y prusianos.



La ilustración ¡¡¡AH!!!!!! (*La Flaca*, 28 de agosto de 1870) no solo adelanta en unos días el hundimiento del II Imperio sino que comprende que la victoria de Prusia sobre Francia en Sedán (2 de septiembre de 1870) será únicamente la puntilla de tal hundimiento. Por eso, el dibujante lo simboliza con un asustado Napoleón que grita mientras es despojado de sus atributos de poder por personajes representativos de los conflictos de unificación nacional en los que intervino militarmente a lo largo de su mandato: Pío Nono le descalza la bota derecha porque, aunque en 1849 las tropas francesas lo habían repuesto en Roma, en 1859 se aliaron con el Piamonte para expulsar a Austria de Italia, lo que no convenía en absoluto al Papado. El rey Víctor Manuel I le saca la bota izquierda, porque tras las victorias de Francia y el Piamonte en Magenta y Solferino (4 y 24 de junio de 1859), Napoleón firmó un armisticio unilateral con Austria incumpliendo el pacto con sus aliados italianos; además, en noviembre del 67, las tropas francesas impidieron la entrada en Roma de Garibaldi. Aunque para luchar contra Austria en 1866, Napoleón ayudó a los prusianos, en 1870 les declara una guerra que aniquilaría el Imperio. Por eso vemos al rey Guillermo I de Hohenzollern despojándole del sable. Mientras, Juárez, el indio zacateca presidente de México, le muestra en el espejo –subrayando la distancia geográfica– a un ensangrentado Maximiliano de Habsburgo, recordándole la desastrosa campaña imperialista francesa (1862-64) en aquel país, contradictoria a su aparente apoyo a los nacionalistas en Europa. Napoleón impuso al príncipe Maximiliano como emperador de México; en 1867, al retirarse las tropas francesas, Juárez venció y fusiló a Maximiliano. Toda la sangría que supuso esta política exterior para el pueblo francés, se representa en el águila imperial, cabizbaja y extenuada. Por último Francia, harta de tanta imprudencia innecesaria, terminará con el II Imperio proclamando la III República (4 de septiembre de 1870), representada en la muchacha ataviada con los colores de la bandera que arrebató la corona a Napoleón III.



Seis meses después *La Flaca*, aprovecha la reciente festividad de los Reyes Magos para publicar una imaginaria y satíricamente hogareña reunión de personajes destronados: “6 de enero: los Reyes”. La ex reina Isabel II –en esa fecha ocupa su trono Amadeo de Saboya– teje un calcetín conversando con el ex emperador Napoleón III –exiliado ya en Inglaterra porque Francia es república–; éste atiza un brasero en que el ex rey consorte Francisco de Asís intenta calentarse –nótese que es el único que no hace nada más que aprovecharse de los otros–, mientras escucha el rosario que desgrana el papa Pío IX. Aunque este siga siendo Papa con categoría de monarca reinante, la unificación de Italia ha limitado su territorio al Vaticano (20/IX/70). Detrás, sus descendientes se consuelan jugando a ser reyes con coronas de papel y caballito de ruedas: Alfonso de Borbón y Eugenio Bonaparte en los extremos con sus respectivos uniformes militares y el pretendiente, Carlos María de Borbón y Austria, en el centro. El sencillo mobiliario que alude a la decadencia de los personajes se completa con un cuadro del Vesubio en erupción –tal como está Italia en esas fechas– y con una escultura de Francisco José de Austria tratando de dominar a “Errancia”, síntesis del posible destino errante de las coronas en toda Europa.

Dolores Troncoso
Universidade de Vigo



El problema sucesorio y la elección de rey

Con excepción de los carlistas, que consideraban al Pretendiente Carlos VII como el legítimo heredero al trono, y de los republicanos, los hombres de la "Gloriosa" eran partidarios de continuar el sistema monárquico con un rey constitucional. No llegaron a un acuerdo sobre quién sería el elegido pues cada grupo político, además de las potencias europeas interesadas, pretendía imponer su propio candidato. Los moderados a Alfonsito, el hijo de Isabel II; Don Antonio de Orleans, casado con Luisa Fernanda de Borbón, hermana de Isabel II era el favorito de los unionistas pero no de Napoleón III; Olózaga, desde su embajada en París, llevó a cabo una desesperada búsqueda por las Cortes de Europa y se ofreció la corona a don Fernando de Sajonia-Coburgo-Gotha, quien la rechazó. Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen (a quien los españoles llamaban Ole Ole por la dificultad de pronunciar su nombre) estaba bien dispuesto y era el candidato de Bismarck, pero se oponía Napoleón III por temor a tener dos países gobernados por alemanes al norte y al sur de Francia, un enfrentamiento que desembocó en la guerra franco-prusiana y en la caída del propio emperador. También se barajaron otros nombres, algunos progresistas propusieron al viejo general Espartero, ("Baldomero I"); sonó el nombre de la princesa Luisa Fernanda (hermana de Isabel II y esposa de Don Antonio de Orleans) y el del mismo Prim.

Al fin, las Cortes eligieron el 16 de noviembre de 1871, a Don Amadeo de Saboya, liberal y joven, que era el candidato de Prim y de los progresistas. El asesinato del conde de Reus poco antes de llegar el nuevo rey privó a éste de su apoyo pues, por un lado, tuvo en su contra a los carlistas, a los alfonsinos y a la iglesia y, por otro, a los republicanos y abdicó tras un breve reinado (1870-1874).

Ni que decir tiene que la cantidad y la diversidad de pretendientes al trono, y los manejos y las intrigas en las cortes europeas y en el seno de los partidos políticos españoles llegaron a alcanzar aspectos ridículos y a desprestigiar a los hombres del Sexenio y a España. La larga búsqueda y los ofrecimientos del trono un tanto humillantes ocasionaron, como era de esperar, críticas, sátiras y bromas en publicaciones periódicas de todo matiz político, en panfletos, en cantares y en aleluyas, romances de ciego y otras obras de cordel. A satirizar los altibajos de aquella búsqueda pertenecen estas imágenes que fue publicando *La Flaca* de Barcelona, órgano republicano-federal y una de las publicaciones satíricas más conocidas de aquel tiempo.

Se ofreció con insistencia el trono a don Fernando de Coburgo, ex rey consorte de Portugal y regente durante la minoría de su hijo Pedro V, quien rehusó la oferta. Esta negativa, el que don Fernando viniese de Portugal, un país que los españoles consideraban con cierto desdén y que estuviera casado con Elisa Hansler, una cantante de ópera de dudosa reputación, motivó la indignación y las sátiras de los españoles.



En la *"Entrada triunfal del rey que conviene"* una solemne comitiva pasa por debajo de un arco de triunfo engalanado con banderas y escudos de Portugal y España. El futuro rey de España es un mono coronado que va a caballo rodeado de políticos y militares de la "Comisión", entre ellos Olózaga y Serrano. El arco triunfal está decorado con las calabazas que simbolizan la negativa de Don Fernando. (Entre los animales emblemáticos que representaban los diversos países- el León de España, el Leopardo inglés, o el Águila imperial, el Mono solía representar a Portugal).





Los caricaturistas dibujaban procesiones, desfiles y festividades de carácter civil y religioso que modificaban paródicamente para satirizar la política del momento. En "Corpus de la Revolución". "La procesión va por dentro", esta pretendida procesión del Corpus está formada por los diferentes partidos políticos como cofradías que siguen a su santo respectivo, que aquí es su candidato al trono. Va encabezada por el Regente Serrano, quien trata de hacer avanzar a un León famélico, que se resiste a caminar; va seguido por un grupo de Cabezudos bailando (Sagasta, Moret, Ruiz Zorrilla y otros), que preceden al Gigantón Montpensier, (a quien se suele representar vestido de rey), seguido por la Giganta, que es la joven República, rodeada por Castelar, el general Pierrad y otros partidarios. Sigue otra comitiva que parece estar formada por gente del pueblo llano, con estandartes de los colores nacionales, que dicen "Descrédito", "Bancarrota". Detrás va el grupo de los unionistas tras el letrero "España con honra" con el que justificaron la revolución de Septiembre, y entre ellos, el almirante Juan Bautista Topete vestido como el santo de su nombre, con cordero y todo; otro grupo lleva el estandarte de Isabel II; y el del Pretendiente carlista está compuesto por nazarenos encapuchados y por curas. Otros llevan en andas el sillón vacío del trono. Y cierra la marcha un grupo de gente pegándose. Suele representarse alegóricamente a España como una matrona tocada con la corona real, o con la corona murada o el gorro frigio de la República, y el León español simbolizaba la alianza liberal entre la monarquía y el pueblo. La matrona escuálida y el león flaco y malhumorado encabezaban la primera página de *La Flaca*, y representaban alegóricamente que la Revolución del 68 se había quedado en los huesos, reducida a su mínima expresión.



La compleja "Promulgación de la Constitución de 1869. Fiestas oficiales y sargentos- Equilibrios mí-mico-plásticos, populares e impopulares" muestra dentro de la misma estampa diversos aspectos de la política del momento. Así, sobre una mesa con el título "Constitución de 1869", Salustiano Olózaga, siempre en busca de candidatos al trono, maneja los cubiletes del trilero y debajo de la mesa hay un mono (¿el mono de Portugal?, ¿el "mico" que le dan los posibles monarcas extranjeros?) que le hace burla; el ministro de Hacienda Laureano Figuerola, detestado por sus innovadoras reformas



económicas y su política librecambista toca el organillo marcado "Hacienda Empréstito 3.000.000", que sería la cantidad calculada para el presupuesto del próximo año fiscal de 1870. Don Juan Prim, el personaje más influyente del nuevo régimen, toca el tambor del "Turrón" (el turrón simboliza el lucro a costa del Estado a través de empleos públicos para los amigos). En otro lugar, el hercúleo Nicolás María Rivero, presidente del Consejo, tiene en una mano la campana de la Presidencia y en la otra el pastel de la "Monarquía Democrática" ("pasteleo", "pastelear" en política significa conciliar ideas opuestas con una solución intermedia; los llamados "Cimbrios" eran los progresistas, unionistas y demócratas que aceptaron la monarquía en los primeros años del Sexenio). Sobre los hombros de Rivero se sostienen Posada Herrera con un paquete de "turrón", el Regente Serrano y el almirante Topete sahumando con un incensario un globo con una calabaza que tiene la cara de Montpensier. Por una cucaña en cuya punta está la corona real suben Alfonsito y el Pretendiente carlista. Un grupo de políticos, vestidos de bañistas se disputan las carteras de Gobernación, Estado, Hacienda, Ultramar y Fomento. Los letreros anuncian "Gran exposición de Notables", "Grandes luchas cartero-ministeriales por toda España". El León está pacientemente echado en el suelo, cargado de condecoraciones pero con bozal. (*La Flaca*, 20 de Junio de 1869)



Ilustra también las intrigas de la sucesión al trono la viñeta "¡Atrás!!!" cuyo centro ocupa el sillón del trono, vacío. A un lado del sillón está Prim (quien tiene su propio candidato) echando atrás al general Espartero, coronado y con manto de armiño, y al otro lado, Napoleón III con Alfonsito sobre su hombro, cerrando el paso y echando atrás a Montpensier, coronado también y con manto de armiño, acompañado por Topete y Sagasta. Echada debajo del sillón tranquilamente y sonriendo está la República.



“Actualidades” publicado en *La Flaca*, del “18 de Septiembre del primer año del último entorchado de D. Juan Prim” tiene seis viñetas. En la primera, Olózaga no sabe qué hacer ante las puertas marcadas con una corona de “Italia, Prusia, Inglaterra, Portugal, Francia” de las que salen manos y caras haciéndole burla. Don Salustiano, apurado por el escaso éxito de su búsqueda de rey, implora: “Por Dios, señores, no me pongan Vds. en el duro trance de retirarme a Vico”. En la segunda, que representa un tiiovivo con caballitos en los que van montados Alfonsito, el Pretendiente carlista y Montpensier, todos con una varilla con la que tratan de ensartar la corona, y se titula “Ocios de un embajador”, Olózaga hace andar el tiiovivo dándole a una manivela. En la tercera ha caído el pedrisco sobre las Bolsas de París y Viena ante el horror de los inversores. El dinero de los “títulos” huye. En la cuarta, el águila imperial francesa está desplumada junto al esqueleto del primer Napoleón. En la quinta, “Desde las butacas”, un representante de Napoleón III muestra el *Moniteur Oficial* que dice “La salud del Emperador es excelente” a los reyes de Europa y al Papa. En la sexta, “Entre bastidores”, que representa a Napoleón III moribundo, los políticos son los doctores y le hacen firmar la abdicación. Aunque “Actualidades” no especifica año, es probablemente de 1870 pues la guerra franco-prusiana concluyó con la derrota de Sedán el 2 de septiembre de 1870, y la abdicación, el 4 del mismo mes.



“¡Bonita comedia!... Como atavien de esta suerte al gracioso, no ha de quedar espectador que no suelte el trapo”. El grabado representa el interior de una “Sastrería. Precio fijo” en la que hay vitrinas que muestran ropas y “Atributos republicanos” y “Atributos monárquicos”. Olózaga y Martos prueban un gorro frigio a Prim, ante un espejo que en lugar de reflejar su cara, refleja la de la República haciéndole burla. No lejos está el viejo general Espartero sentado en un sillón, a quien ofrecen el cetro y la esfera de “España”, Sagasta, Nicolás María Rivero y otros.



D. JOY BOUTE... a la derecha... — D. PRINCE... a la izquierda... — D. AL PRIN... ENO... a la danza... — EL BARRIL (SAGASTA DEL 1808)... Sigue T. a la derecha, que a mí me voy por los tercios.



Aunque carece de título esta ilustración es harto expresiva de su propósito de satirizar la busca de un candidato al trono. Representa la fachada del Palacio Real de Madrid, en la que dice "Se alquila", y en sus jardines bailan en círculo jugando a la gallina ciega los diversos candidatos al trono de España: Montpensier, su esposa Luisa Fernanda, Alfonsito, el Pretendiente carlista, Don Amadeo de Saboya, el ex-rey de Portugal don Fernando de Coburgo, Leopoldo de Hohenzollern, y Espartero. Prim está con los ojos vendados tratando de coger a uno, aconsejado por Don Juan Bautista Topete, que le dice "A la derecha...", y por Don Pascual Madoz, que le dice "A la izquierda...", Prim, llamado aquí "Prim... ero" pues se le llegó incluso a mencionar como posible candidato, dice "Siga la danza", Una joven dama (la República), saliéndose del corro, exclama "-Sígala V. si le conviene, que a mí no me gustan los tuertos". Un can orina al pie de una de las estatuas de los antiguos reyes.





En otra ilustración, Prim mantiene el sillón del trono en la punta del sable mientras un grupo de asustados políticos le ruega "¡Por Dios, Don Juan! Mire V. que si este mueble cae, nos descrisma". "¡Qué miedosos!..", responde el conde de Reus, "Mientras la punta de mi espada lo sostenga, no haya temor de que venga abajo".

Estas ilustraciones, escogidas entre tantas otras referentes a la cuestión sucesoria, dejan bien claro, en primer lugar, la filiación republicana de *La Flaca*, que no ve otra solución al problema dinástico que la República. Sus críticas van contra Prim y los unionistas, que hicieron una Revolución de carácter liberal al grito de "España con honra" y que luego quedó desvirtuada y dio lugar a otra monarquía. La sátira alcanza a la exreina Isabel II y al príncipe Alfonso, a todos los gobernantes independientemente de su matiz político, y a los candidatos al trono, a quienes ridiculiza representándoles en caricatura. La República, en cambio, es una agraciada joven que no pierde su compostura pues confía que en breve accederá al gobierno. La Flaca, en fin, acusa a todos los políticos, con excepción de los de su propio partido, de corrupción y de amiguismo (el turrón), de anteponer los intereses de partido a los del país, y de falta de unión.



La caricatura *Casa de lactancia española* muestra el hundimiento del partido conservador de Cánovas y el abandono del mismo por Manuel Alonso Martínez (1827-1891), el general Arsenio Martínez Campos (1831-1900) y finalmente José Posada Herrera (1814-1885), que pasaron a engrosar las filas del Partido Constitucional de Sagasta, que se denominó Partido Liberal Fusionista. Precisamente, en mayo de 1881, Práxedes Mateo Sagasta (1825-1903) había llegado a presidente del gobierno sin necesidad de elecciones. España es una matrona rodeada de un grupo de niños que representan a buena parte de los políticos de la época. En primer término, está sentada sobre un león, símbolo del pueblo español, que parece a punto de morir aplastado. Sagasta, siempre con su enorme tupé, está en la mejor situación posible, chupando de la teta de la matrona, pues en aquel momento era Presidente del Gobierno. A espaldas de ésta, Martínez Campos, Ministro de la Guerra (reconocible por la espada



en la que aparece la palabra "Sagunto") se encarama al león para llegar al otro pecho de la matrona. A los pies de ésta, Manuel Alonso Martínez, Ministro de Gracia y Justicia, caracterizado por sus grandes patillas, espera su turno para mamar. De espaldas, con la cartera de "Hacienda", está el ministro Juan Francisco Camacho de Alcorta (1813-1896), quien escapa de la sala llevando bajo el brazo una enorme moneda en la que está escrito "Carolus", aludiendo probablemente al trato preferente que este ministro daba a los carlistas. Las veleidades conservadoras de Camacho eran ya conocidas, pues poco tiempo después se pasó al partido de Cánovas, que le compensó con el cargo de Gobernador del Banco de España. En la primera cuna del fondo, asoman las enormes orejas de Posada Herrera.

Entre los niños que juegan podemos reconocer al fondo a la izquierda a dos políticos conservadores, Francisco Romero Robledo (1838-1906), con su barba pelirroja, y Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897) con sus quevedos. Junto a ellos, Segismundo Moret y Pendergast (1833-1913), siempre con sus grandes bigotes de guía. Pese a que Moret era liberal, fundador del Partido de Izquierda Dinástica, y aliado de Sagasta, las caricaturas, con mucha frecuencia, le sitúan entre los conservadores. Bien es verdad que su partido, en el que también militaban Posada Herrera y el general Serrano, duque de la Torre (1810-1885), despertaba enormes suspicacias entre el resto de los liberales. En primer término se sitúan el político carlista Cándido Nocedal (1821-1885) y el neocatólico Alejandro Pidal y Mon (1846-1913), armados de sendas banderas de España que se pegan por un pacto, alusión a la colaboración del partido de Pidal, la Unión Católica, fundado en enero de ese mismo año de 1881, con la monarquía isabelina, colaboración que Nocedal repudiaba.



En *Tirando la oposición da al traste con la fusión* aparecen los tres protagonistas de la misma. En agosto de 1881 se celebraron las elecciones que Sagasta ganó con una holgadísima mayoría. El ministerio de Sagasta, y sobre todo Posada Herrera, a quien se llamó, irónicamente, el "gran elector", utilizó todas las trapacerías electorales que había criticado a Cánovas consiguiendo 300 diputados frente a 62 de los conservadores.



En la caricatura, el gobierno se sostiene en delicado equilibrio sobre una bayoneta. En el eje de la balanza, Sagasta, en calzoncillos con la bandera de España y armado con el garrote, que simboliza la "Partida de la porra" al servicio de los progresistas, de la que fue fundador, se mantiene en equilibrio, mientras que Alonso Martínez, ministro de Gracia y Justicia, está a punto de caer al abismo del que únicamente le salva la presencia de la oposición, que aparece agarrando de una pierna al ministro de la Guerra, Martínez Campos. Ésta es una anciana escuálida y descalza que lleva unos quevedos que hacen pensar en Cánovas, uno de los rasgos definidores de sus caricaturas.



La caricatura de *La Mosca*, firmada por el dibujante Don Sancho, muestra las luchas por el poder dentro del gobernante Partido Fusionista. En concreto la viñeta presenta las maquinaciones de Posada Herrera para desplazar a Sagasta y ocupar la presidencia del gobierno. Esa ambición según el dibujante, era "el fin de todos los planes" del intrigante político asturiano.

Se presenta a Posada Herrera, caracterizado siempre por sus enormes orejas, como el cocinero de la fusión (es decir la alianza entre liberales y conservadores desafectos que hizo caer al gobierno de Cánovas). Aparece acechando tras una cortina a Sagasta, su circunstancial aliado (y siempre rival), al que se ve de espaldas, reconocible por su tupé, y que está sentado en la poltrona de Presidente del Consejo. Posada Herrera está sacando brillo a la ornamentada casaca de Presidente.

Según la redondilla:

*El fin de todos mis planes
es en poltrona sentarme
que procuren no enfadarme
que si no me marchó a Llanes.*



El dibujante no andaba desencaminado en sus sospechas pues el propio Partido Fusionista derrocó a Sagasta y Posada Herrera llegó a presidente del Gobierno el 13 de octubre de 1883. Sólo se mantuvo cuatro meses, hasta el 18 de enero de 1884, en que Cánovas regresó al poder.



La caricatura *Veleidades de un presidente fusionista* representa el viraje político de Práxedes Mateo Sagasta, quien, junto a los generales Juan Prim (1814-1870), y Francisco Serrano, el almirante Juan Bautista Topete (1821-1885) y Manuel Ruiz Zorrilla (1833-1895) fueron los actores principales de la revolución de 1868, la llamada también *Septembrina* o *Gloriosa*, que derrocó a Isabel II, puso fin a la monarquía borbónica e inició el llamado Sexenio Democrático, al que sucedieron el reinado de Amadeo de Saboya, la primera República y la dictadura de Francisco Serrano.

Los revolucionarios de la *Gloriosa* siguieron diferentes caminos. Prim murió asesinado en 1870 y su muerte fue un golpe mortal para el reinado de Amadeo de Saboya. Por su parte, Ruiz Zorrilla nunca aceptó la Restauración borbónica y desde su exilio parisino organizó, infatigable, una miríada de conspiraciones para proclamar de nuevo la República, fracasando en todas ellas. Pero Topete, que en la fecha de la caricatura acababa de ser nombrado senador vitalicio, Serrano y Sagasta se instalaron de nuevo cómodamente en el sistema monárquico contra el que habían conspirado.

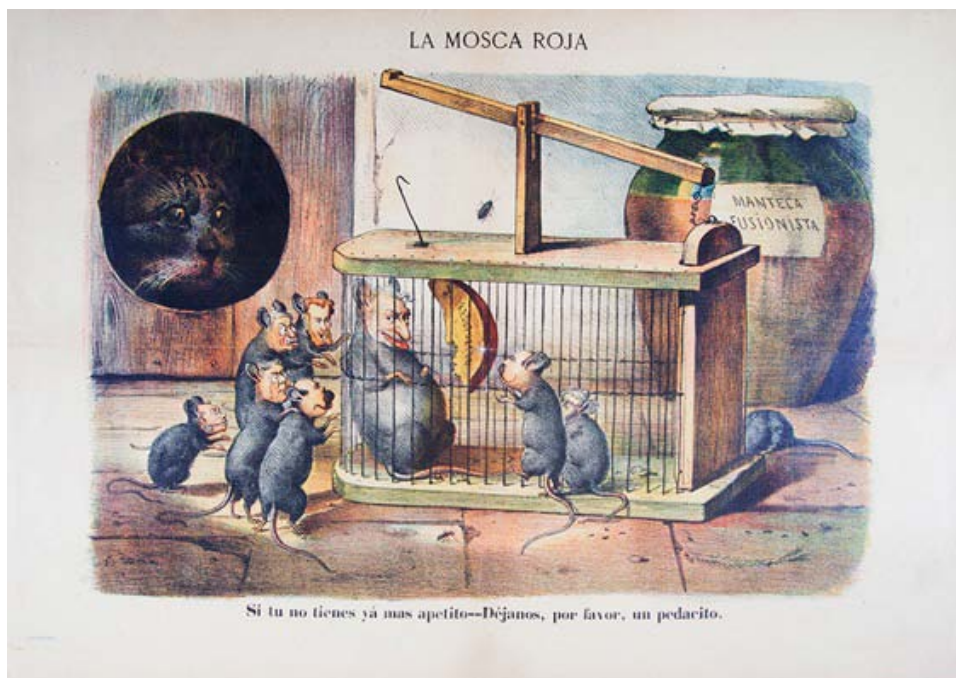
El dibujante presenta a Sagasta como un vividor que se abraza a dos mujeres “de la vida” que representan las Constituciones de 1869 y 1876, es decir a la revolucionaria y a la conservadora. Es una crítica a la política camaleónica y oportunista de Sagasta, hecha con mucha frecuencia desde las publicaciones de izquierda como “La Mosca”.



La Mosca Roja siguió la misma política de crítica al gobierno de Sagasta. Valga como ejemplo esta viñeta, en la que se acusa a Sagasta de asesinar a la libertad para beneficio de la monarquía, ante el horror de la democracia. Para que el mensaje quedara aún más claro, el periódico publicó esta explicación a la caricatura:

No necesita explicación, sin embargo como faltan algunos rotulitos diremos a nuestros lectores que la niña es la Libertad. El Salomón, ¿quién ha de ser sino Sagasta? La matrona taciturna y apergamizada, la madrastra de la niña; y la verdadera madre, esa que se desespera por la sangrienta desgracia que puede ocasionar el fusionero a su hija, esa es la virgen Democracia, sin gorro frigio, que prefiere ceder la libertad por entero a la otra antes que el sabio la raje en canal con tal de complacer a las dos y no de averiguar quién es su verdadera madre, pues esto por bien sabido se lo tiene el Salomón II que nos hemos echado. Las demás figuras que completan a la preciosa lámina que hoy publicamos bien se ve también lo que son: son fantoches.

De nuevo la veleidad de Sagasta. El viaje desde su pasado de conspirador republicano a su actual cargo de Presidente del gobierno monárquico está en el punto de mira de los caricaturistas de La Mosca Roja.



El comentario en la revista a esta lámina es harto expresivo.

Ocupa el centro de la despensa española, la Gran ratonera del Poder. Sagasta, ratón astuto, se dejó atrapar en ella con el ánimo de engordar, lo que ha logrado con facilidad por prestarse el tierno queso presupuestero. Cánovas, Romero el de Antequera, Martos, Castelar, Moret y Beranger ratoncillos hambrientos, piden al anfitrión que les haga pasar el resto ya que aquél ha satisfecho su apetito. El gato... el gato es el país.

De nuevo la visión izquierdista de *La Mosca Roja* presenta a los diferentes grupos parlamentarios, conservadores, liberales o republicanos como colaboradores con el poder y aprovechándose de la nación. Alrededor del rollizo y satisfecho Sagasta, se encuentran de izquierda a derecha dos políticos conservadores, Romero Robledo (con barba pelirroja) y Cánovas del Castillo (con quevedos). Agachado y un poco retirado José María Beranger y Ruiz de Apodaca (1824-1907), marino de guerra y político español que tuvo un largo recorrido ministerial en todo tipo de gobiernos. Colaborador de Prim y de Topete en la "Gloriosa", fue ministro con Serrano tras la Revolución de septiembre, con Amadeo de Saboya, con la Primera república y con la Restauración, tanto en gobiernos presididos por Sagasta como en gobiernos liderados por Cánovas. Un superviviente nato que pasó por todos los partidos y que lo mismo que participó en la Gloriosa, colaboró con Pavía en la toma de las Cortes. A continuación aparecen dos políticos republicanos, Cristino Martos (1830-1893), con quevedos con cinta, coge afectuosamente del hombro a Emilio Castelar, que exhibe sus largos y retorcidos bigotes. Al otro lado y ya agarrando los barrotes de la jaula en su hambre desesperada, Segismundo Moret, también con bigote, el líder del partido de "Izquierda dinástica". Detrás de él, aunque no claramente identificable, un ratón de largas orejas, a quien la explicación de la lámina no identifica, pero que muy bien pudiera ser José Posada Herrera, compañero de Moret en el partido de Izquierda Dinástica. El caricaturista ha colocado a los representantes de conservadores, republicanos e izquierda dinástica de dos en dos y juntos, mientras el experto y acomodaticio Beranger queda un poco separado de todos y preparado para juntarse con el grupo que más le convenga.



Una nueva alusión a las luchas internas dentro del gobierno de Sagasta y a la desconfianza que éste tenía de las ambiciones de Serrano, lo que beneficiaría a Cánovas del Castillo, cuyo apodo de "Monstruo" (que le tributaban con admiración sus amigos y partidarios) recoge aquí el caricaturista en sentido muy diferente. En este caso, se trataba de la fusión de la Izquierda Dinástica con los republicanos moderados de Cristino Martos, formando así un nuevo partido progresista bajo la jefatura de Serrano. Pese a que apoyaban al gobierno de Sagasta, éste estaría alarmado y no sin razón pues no fue a la postre Serrano, sino otro componente de la Izquierda Dinástica, José Posada Herrera, quien sustituiría a Sagasta como Jefe de Gobierno. Como Posada Herrera representa en las viñetas el papel de Rigoletto, que es quien al final provoca la muerte de Sagasta a manos de Cánovas, hay que decir que la caricatura de *La Mosca Roja* resultó muy atinada, pues después de apenas de tres meses de gobierno, Posada Herrera renunció a la presidencia y aconsejó al rey que llamase a Cánovas a formar gobierno. De esta manera el monstruo Sparafucile volvió al poder, en enero de 1884, gracias a las maniobras del orejudo Rigoletto que era Posada Herrera.



“-Acúsome, padre de que he renegado de la libertad.

“-Si no es más que eso, ego te absolvo, hija mía, que yo también he sido miliciano. Retírate, ya ver si hay más señoras que confesar.”

El Motín inserta una explicación a esta lámina: “Bien poca necesita la de hoy. Nocedal, oyendo en confesión a Sagasta, y Castelar, Romero y Moret esperando turno para descargar su conciencia de los pecados cometidos contra la libertad. Ninguno está arrepentido ni hace propósito de la enmienda”. Como ocurre en las caricaturas de La Mosca y de La Mosca Roja, El Motín acusa al gobierno de Sagasta de renegar de sus ideales y de colaborar con la derecha, y en este caso con la extrema derecha que era el carlismo representado por Nocedal.

El cura (Nocedal) tiene la boina carlista bien a la vista y “las señoras” que esperan para confesarse forman una representación de todos los partidos: los conservadores (Romero Robledo), los republicanos (Castelar) y uno de los grupos que sustentaba al gobierno, la izquierda dinástica (Moret). Todos ellos renunciando a sus ideales y colaborando con la derecha católica, según denuncia el caricaturista de El Motín.



Estos doce personajes, la mayoría de ellos pertenecientes al clero, representan sus principales vicios: la ociosidad, la gula, la codicia (personificada en un cura de aspecto judaizante con una bolsa de dinero), la lujuria y en el centro de la escena dos carlistas, con su boina roja característica.

La leyenda en la parte inferior de la imagen, "Los que hablan mal del siglo presente y se suscriben a "el futuro", alude a los lectores de *El Siglo Futuro*, diario carlista fundado por Cándido Nocedal. La ilustración está firmada por "Demócrito", pseudónimo, según algunos críticos, de Eduardo Sojo (1849-1908), dibujante y caricaturista madrileño que destacó por su representaciones satíricas del pueblo (Juan Lanas) y por su participación en diversas publicaciones satíricas de su época como *La Broma*, *El Buñuelo*, *Gil Blas* o *Madrid Cómico*.



“Tras combate porfiado / quedó Nocedal derrotado”.

La ilustración recoge gráficamente el triunfo de la Unión Católica sobre el carlismo. Los contendientes del combate, ambos ataviados con vestiduras eclesiásticas, son Alejandro Pidal y Cándido Nocedal. Pidal, con su larga barba y la mitra arzobispal que simboliza quizá el apoyo de las autoridades eclesiásticas, esgrime el escudo de la Unión católica, y derrota al carlista Nocedal, con su boina roja, su trabuco, y su característica barba recortada; se escuda con *El Siglo futuro*, el periódico portavoz de las ideas carlistas y lleva un escapulario con el Corazón de Jesús, símbolo del carlismo. Al fondo se ven la Basílica de San Pedro de Roma y las figuras de unos obispos que se alegran del triunfo de Pidal. Hay que recordar que en el partido de la Unión Católica los obispos, eran, igualmente, presidentes del partido en sus respectivos territorios y que por ello muchos consideraban la Unión Católica como un instrumento de la política del Vaticano. Pidal, su partido y el neocatolicismo representarán políticamente a la iglesia española, desplazando definitivamente al carlismo.

El hecho de que Pidal vaya armado con una vara de peregrino y Nocedal porte el trabuco que simboliza la guerra carlista, podría representar cierta preferencia del dibujante por la opción pacífica y de colaboración con la monarquía borbónica de Pidal, frente a la amenaza constante de guerra que suponía el carlismo.

Raquel Gutiérrez Sebastián
Borja Rodríguez Gutiérrez
Universidad de Cantabria



BIBLIOGRAFIA

- Borbón, Eulalia de, *Memorias de doña Eulalia de Borbón, Infanta de España (1864-1931)*, Barcelona, Juventud, s/f.
- Botrel, Jean-Francois, *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1993
- Bozal Fernandez, Valeriano, *La ilustración gráfica en España*. Madrid: Comunicación, 1979
- _____, *Mimesis: las imágenes y las cosas*. Madrid: La balsa de Medusa, Visor, 1987
- _____, *El siglo de los caricaturistas*. Madrid. Historia 16, 1989.
- _____, *Necesidad de la ironía*. Madrid: La balsa de Medusa. Visor, 1999
- Burdíel Isabel, *Isabel II. Una biografía*, Madrid, Taurus, 2010.
- _____, "Historia de una desactivación: el exilio parisino de Isabel II", F. Martínez
- López, J. Canal y E. Lema eds., *París ciudad de acogida. El exilio español durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Marcial Pons, 2010, pp.56-84.
- Cadena, J. María., «Periodismo humorístico barcelonés en el siglo XIX», en *Estudio o ensayo sobre periodismo humorístico en el siglo XIX*. Tarragona. Ayuntamiento de Torredenbarra, (1972), 44-46.
- Carr, Raymond, *Spain 1808-1975*. Oxford History of Modern Europe, Oxford, Clarendon Press, 1982
- Carreras y Lastotras, Luis, dir., *Historia de la guerra de la guerra de Francia y Prusia*, Barcelona, Luis Fiol y Gros, 1871.
- Dérozier, Claudette, "La caricatura en la prensa satírica ilustrada de la Regencia de Espartero a través de algunos periódicos: *El Cangrejo (1841)*, *La Posdata (1842-1843)*, y *La Guindilla (1842-1843)*", en Jean-René Aymes, et al, *Revisión de Larra (¿Protesta o Revolución?)*. Paris: Annales litteraires de l'Université de Besancon, Les Belles Letres, 1983
- Duby, Georges, *Histoire de la France. Le temps nouveaux de 1852 à nos jours*, Paris, Larousse, 1987.
- Egido, Teófanos, *Sátiras políticas de la España Moderna*. Introducción, selección y notas. Madrid: 1973
- Espadas Burgos, Manuel, "Isabel II: los años del exilio", J. Sisino ed., *Isabel II, los espejos de la reina*, Madrid, Marcial Pons, 2004.
- Espinat Burunat, Francesc, «La revista il-lustrada *El Loro*». *Biblioteca Informacions*. Número 31, (2006), 13-14
- Flaca, La. Todos los números digitalizados: [http:// revistalafaca.blogspot.com/p/la-flaca-digitalizada.html](http://revistalafaca.blogspot.com/p/la-flaca-digitalizada.html)
- Fuentes, Juan Francisco y Javier Fernandez Sebastián, *Historia del periodismo español*. Madrid: Editorial Síntesis, 1997
- Fuentes, Juan Francisco, "Iconografía de la idea de España en la segunda mitad del siglo XIX", en *Cercles d'Historia Cultural*. Universitat de Barcelona, no. 5 (Enero de 2002), 9-24
- Fuentes, Juan Francisco, "La idea de España en la iconografía de la derecha española", en *Claves de razón práctica*, no. 140
- Hunter, Stephen Carl, *Franco-Spanish Relations in the Era of Napoleon III and Isabel II*, Department of History, Stanford University, 1967.
- Llorente Herrero, P. y Páez-Camino Arias, P. *Francia: el segundo imperio y la tercera republica*, Madrid, Akal, 1986.
- Ministerio de Educacion. *El Sexenio Democrático*. http://alerce.pntic.mec.es/lam0005/2bach_historia/tema%201120el%20sexenio%20democr%20Eliticoweb.htm
- Olivesi, Antoine y Nouschi, A., *La France de 1848 à 1914*, Poitiers, Nathan, 1981.



Orobón, Mari-Angèle, "Humor gráfico y democracia: algunas calas en la caricatura política en el Sexenio Democrático", M. C. Chaput ed., *Humor y política en el mundo hispánico contemporáneo*, Paris, Manuelle Peloille, 2006, pp. 9-30 (PDF completo en Dialnet).

Ortego y Vereda, Francisco, *Caricaturas políticas*. [Album de 16 láminas, BNM. Hacia 1870 pues entre los temas representados están el destronamiento de Isabel II y la caída de Napoleón III. Se representa al pueblo español de rodillas adorando la corona en 1820 y jugando a la pelota con ella en 1870,(Or 18 n18)].

Perea, Daniel y Francisco Ortego [entre 10 Febr y 17 Abril 1870 aparece en *Gil Blas* la serie *Caricaturas revolucionarias* de los personajes de la Gloriosa

Revistas satíricas, Las. <http://visualmente.blogspot.com/2009/06/exclusivo-el-color-en-los-periodicos.html>

Seoane, María Cruz, *Historia del periodismo en España. 2. El siglo XIX*. Madrid: Alianza, 1983

Tuñón de Lara, Manuel, "El problema del poder en el sexenio 1868-1874", en Iris M. Zavala, *Románticos y socialistas. Prensa española del siglo XIX*. Madrid: Siglo Veintiuno, editores, 1972, 138-181

Vilar, Juan B., *La España del exilio. Las emigraciones políticas de los siglos XIX y XX*, Madrid, Síntesis, 2006.

Vilar García, M^a José, "El primer exilio de Isabel II visto desde la prensa vasco-francesa", *Historia Contemporánea*, 44 (2012), . 241-270.

Zavala, Irs M., *Románticos y socialistas. Prensa española del siglo XIX*. Madrid: Siglo Veintiuno, editores, 1972

LA FUERZA DEL HUMOR

REVISTAS **SATÍRICAS** DEL SIGLO XIX



CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN